



NURIA MURO

LA CIRUJANA MANCA

La cirujana manca

Nuria Muro

Nuria Muro© 2015

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 1

El viento helado rajaba los cristales y la piel. Caminaba encogido y con las manos en los bolsillos. Llevaba un par de horas deambulando por la ciudad y le lloraban los ojos apenas visibles por debajo del gorro de lana y por encima de las solapas de borreguillo. El gorro estilo ruso le calentaba la boca y las orejas, pero le hacía parecer una oveja negra de dos patas. Una oveja camino del matadero.

Sacó una mano y empujó con suavidad la puerta del bar. Notó cómo la escarcha del cristal se colaba entre los surcos de sus huellas dactilares.

Todos se giraron hacia él y sintieron el escalofrío del aire helado que acompañaba al nuevo cliente. Se quitó el gorro con una mano mientras mantenía la otra en el bolsillo, a buen recaudo. Se sentó en la barra, pegado a la puerta, dando un pequeño saltito para subirse al taburete.

—Buenas.

—Buenas noches, caballero —le respondió el camarero desde el otro lado de la barra—. ¿Qué va a ser?

—Un whisky sin hielo. Por favor.

Oteó a la clientela del bar. Apenas cinco hombres pobres a juzgar por su apariencia, desarrapados, con la espalda encorvada por el peso de la miseria y con la mirada hundida y clavada en el televisor. No esperaba encontrar a hombres o mujeres de categoría, con dinero o con cierta clase en esa parte de la ciudad pero le defraudó la aparente falta de dignidad de aquellas personas.

El camarero le puso enfrente un vaso de whisky y se lo bebió de un trago. Notó la bola de fuego que le bajaba

desde el paladar hasta la boca del estómago calentándole todo el cuerpo como un abrazo.

—¿Me pone una cerveza, por favor? —le pidió señalando con la cabeza el grifo que tenía justo delante.

Del grifo salió un líquido de color pardo y un poco turbio que soportaba como un somier perfectamente nivelado una cama de espuma blanca. El camarero le dejó el vaso al alcance de su mano izquierda, que seguía metida en el bolsillo. El hombre hizo un leve escorzo para coger el vaso con la derecha.

—¡Paco, otra! —gritó desde una mesa un parroquiano de greñas grasientas.

El camarero cogió una botella sin etiqueta y salió de la barra para servirle.

—¿Me pones unos cacahuetes o algo?

Paco gruñó, pero obedeció. Sacó varios cuencos, los rellenoó de cacahuetes sin pelar y los puso delante de cada cliente.

La tele seguía tronando de fondo noticias acerca de famosas embarazadas, muertos de frío en las calles e intentos de robo en gasolineras.

El camarero observó disimuladamente al nuevo cliente. Todavía no había sacado la mano del bolsillo. Llevaba ya un buen rato como para haber entrado en calor. Machacaba los cacahuetes contra la mesa, separaba la cáscara del fruto con los dedos y los cogía de la barra para comérselos. Todo con la mano derecha.

Hizo un barrido por el bar para buscar la mirada cómplice de algún parroquiano que también hubiera detectado algo extraño en el recién llegado, pero todos estaban pendientes del televisor.

Palpó bajo el mostrador para localizar la escopeta. Acarició con los dedos la suave culata de madera maciza bien pulida. Estaba ahí y estaba cargada.

CAPÍTULO 2

—¡Vamos, chicos! ¿Qué hacéis por ahí arriba? —gritó Marina desde debajo de las escalera de su recibidor decorado de impoluto blanco con parqué de bambú. No le acababa de convencer del todo esa elección, pero el instalador le dijo que le hacía precio porque el material era de la empresa de su primo, así que no le dio muchas vueltas.

Su marido apareció en el vestíbulo con los abrigos colgados cuidadosamente del antebrazo. Ambos vestían de manera elegante, ella con un vestido ajustado hasta la rodilla y el con un traje de chaqueta gris marengo, corbata verde esmeralda y camisa blanca.

—¿Todavía no han bajado? —preguntó.

—Prueba tú, Roberto, a mi me están poniendo de los nervios ya.

Roberto agarró con fuerza la barandilla de madera de las escaleras, a juego con el suelo, y habló a sus hijos desde abajo.

—Daniel, Diego, si bajáis ya, os levanto el castigo de la Play.

Marina vio palpitar una de las venas del dorso de la mano que su marido tenía apoyada en la baranda. Realizó mentalmente una radiografía rápida de la mano, un corte transversal para ver el perfil de sus componentes: nervios, tendones, ligamentos, arterias, músculos y huesos. Marina volvió en sí cuando resonó en su cerebro la frase de su marido.

—¡No digas eso! —le regañó.

—¿Por qué no?

—Tienen que aprender que cuando les pedimos algo, su obligación es obedecer. Les hemos dicho que se dieran prisa porque llegábamos tarde a la fiesta. Deberían bajar y meterse al coche de inmediato, sin necesidad de chantajes.

—No es un chantaje, sólo refuerzo las acciones positivas con premios. Es un estilo diferente al tuyo, que es castigar las acciones negativas —le contestó Roberto guiñándole un ojo.

En ese momento, Daniel y Diego, dos gemelos pre adolescentes con la testosterona a punto de explotar, acné en la cara y grasa en el pelo, bajaron a toda prisa.

—¡Y funciona! —se jactó el marido.

Marina agachó la cabeza derrotada y cuando cayó en la cuenta de que la teoría no era exactamente como lo que decía su marido y quiso replicarle, sus hijos y Roberto ya habían salido de casa.

Los cuatro subieron al coche para dirigirse a casa de los padres de Roberto. Era un poco destartalada, muy antigua y con un jardín delantero descuidado que daba más pena que otra cosa. Los suegros de Marina eran un par de ancianos de origen humilde que lo dieron todo para que su hijo estudiara una carrera con la que pudiera prosperar. Roberto, consciente del esfuerzo que hicieron por él, nunca fue capaz de decirles que no acabó la carrera y que la fiesta de graduación a la que asistieron llenos de ilusión fue una farsa que contó con la complicidad de sus amigos y compañeros.

La falsa foto de la orla de Roberto presidía el salón donde los ancianos, el matrimonio y sus dos hijos intercambiaron algunas palabras amables y vacías acerca del tiempo, los estudios de los chicos y el transcurso de la investigación de Marina. “Todo bien, gracias”, respondía el matrimonio

sonriente. Dejaron allí a Daniel y Diego para que cenaran y hasta que fueran a recogerlos a la mañana siguiente.

—Podría preparar algo de comida —sugirió la madre de Roberto.

—No, mamá, de verdad que no hace falta —respondió su hijo aterrado ante la idea de pasar mucho tiempo en aquel salón. La mirada de su yo graduado le acusaba desde la orla. Siempre temió que ejerciera un influjo sobre él, al estilo de El corazón delator, que le obligara a saltar de la silla y confesar delante de todos que aquel no era él, que él no era aquel, que nunca se sacó la carrera y que en realidad vive de la picaresca y del trabajo de su mujer.

—Marina, ¿cuándo podremos ver algo de tu investigación? —le preguntó su suegro, tratando de retener un poco más a las visitas.

—Es difícil de saber, dependemos de la financiación porque es una investigación que requiere muchos recursos —comenzó a explicar su nuera—. El Ministerio ayuda pero no es suficiente. Ahora vamos a una fiesta para recaudar fondos, a ver si sacamos algo —dijo sonriente.

Los padres de Roberto le miraron con curiosidad a la espera de su respuesta. Esperaban que su hijo, como experto en economía, les pudiera explicar de dónde se podría sacar dinero para financiar una investigación. Roberto se balanceó levemente sobre los talones al tiempo que sonreía sin darse por aludido. Marina miró su reloj de muñeca y dio un brinco.

—Disculpad, pero deberíamos irnos o llegaremos tarde.

Su marido le agarró de la mano y le arrastró fuera de la casa hasta el coche.

—Siempre me da escalofríos la casa de tus padres. No sé si es porque hemos estado pocas veces o qué, pero me

sudan las manos cada vez que entro en ese salón, como si notara que algo palpitara bajo el suelo y fuera a estallar.

—¡Qué tonterías dices! —le respondió Roberto nervioso.

—Supongo...—dijo Marina.

La mujer aprovechó la textura aterciopelada del apoyabrazos de su asiento para secarse la palma de la mano.

El móvil de Marina vibró un par de veces. Lo sacó, lo miró y se puso a escribir.

—¿Quién es?

—Nadie —mintió—. Bueno, Lolo, que me manda suerte para esta noche.

Marina siguió con el móvil mientras leía en voz alta lo que le escribía Lolo.

—Dice que él necesita la pasta porque se quiere comprar un coche como el tuyo.

Continuó escribiendo con sus dedos ágiles deslizándose por la pantalla táctil.

—Le estoy poniendo que no se preocupe, que si sacamos financiación, tú mismo le acompañarás a comprárselo.

Lolo le contestó y Marina se rió.

—¿Qué ha dicho?

—Chorradas —contestó Marina recogiendo el bolso en el móvil.

Roberto retorció el volante con las manos.

CAPÍTULO 3

El salón donde se celebraba la fiesta de recaudación de fondos para la investigación de Marina parecía un falso decorado de una película de época. Las enormes columnas hacían parecer pequeños al centenar de asistentes que horigueaban por el gran salón.

Cuando Marina y Roberto llegaron a la fiesta se les acercó enseguida su anfitrión.

—Impone, ¿verdad? —dijo el hombre antes de meterse un caramelo de menta en la boca—. La idea es esa: imponer con un gran proyecto y que ellos tengan la sensación de que aportan su granito de arena, de que son minúsculos comparados con la grandeza de tu investigación, doctora Moreno.

—Bueno, eso es un poco exagerado, ¿no? —apuntó Marina con timidez.

Gabriel se puso serio repentinamente.

—No, no lo es. Si no somos capaces de venderlo así, nadie nos lo comprará.

—Claro, Marina, no te preocupes. Todo irá bien —le calmó Roberto—. Gabriel, sabe lo que hace.

Gabriel Buonon era el director del Instituto de Investigaciones Traumatológicas en el que Marina desarrollaba su trabajo. El centro había organizado esta velada con el fin de encontrar algún inversor que se interesaran por el proyecto científico de la doctora Moreno. La labor del director, era conducir y presentar a Roberto, pero sobretodo a Marina, a sus invitados, potenciales inversores, con el fin de que intercambiaran conversaciones y dieran a conocer la investigación.

Aunque el centro de interés lo representaba Marina, era Roberto quien llevaba la voz cantante. Era capaz de llevar el peso de una conversación sin vacilar ni titubear pese a no tener muy claro de qué iba o cómo evolucionaba el trabajo de su mujer.

Iban de corrillo en corrillo, ella siempre un paso por detrás, hablando en voz baja, incluso tartamudeando en algunas ocasiones. Se refugiaba en las anchas espaldas de su marido como quien busca la sombra en el desierto.

Un camarero pasó por su lado. Sostenía una bandeja con copas de manera natural sin perder en ningún momento la rigidez de su cuerpo. Marina se distrajo con los destellos dorados de una copa de champán y la cogió sin titubear. De manera disimulada, se la bebió de un trago.

Acabaron recalando en un corrillo de personas en apariencia muy heterogéneo.

—No perdáis mucho tiempo aquí, no hay nada que rascar —le susurró Gabriel a Roberto. El marido de Marina asintió.

Marina por su parte sonrió al ver, por fin, una cara conocida entre los asistentes. El director del hospital en el que trabajaba había acudido a la fiesta tras los ruegos de la doctora durante el día anterior.

—Fernando, ¡has venido al final!

El director del hospital sonrió y las arrugas de su rostro se acentuaron. Marina y Fernando se dieron el caluroso abrazo de unos amigos que llevan mucho tiempo sin verse, aunque ellos hubieran almorzado juntos esa misma mañana.

—Lo que es bueno para tu investigación es bueno para el Hospital del Norte. Cuanto antes la concluyas, antes podremos aprovecharnos de tu trabajo a tiempo completo.